

La transferencia... aún¹



B. MIGUEL LEIVI²

¿Queda aún algo para decir sobre la transferencia? Fue esta la primera pregunta que me surgió al tomar contacto con el título de este panel. O quizá, más específicamente: ¿tengo aún algo para decir sobre la transferencia que no sea la mera repetición de ideas ya largamente desarrolladas? Concepto fundamental del psicoanálisis, parecería que todo lo que se podría decir sobre la transferencia ya se ha dicho, de distintas maneras y desde diferentes ópticas, en muchos casos totalmente contrapuestas. Y sin embargo, seguimos diciendo, si no sobre la transferencia, por lo menos a causa de la transferencia. Ya que es la transferencia la que nos hace hablar, interminablemente. Es lo que hace hablar a nuestros pacientes, a los que les pedimos algo tan insensato como que digan todo lo que se les pasa por la cabeza, apostando a que, como dice Lacan «*de ningún modo eso sea solo bla-bla-bla, pues, justamente, detrás está el inconsciente*» (Lacan, J., 1975), o sea, la transferencia, puesta en acto de la realidad del inconsciente (Lacan, J., 1964, p. 152). Pero también es lo que nos hace hablar a nosotros. Yo no estaría aquí tratando de articular algo sobre la transferencia, a pesar de mis dudas acerca de si tengo algo significativo para decir, si no fuera a causa de la transferencia, o de las transferencias: transferencia con el psicoanálisis, transferencia con Lacan, con Montevideo, con los queridos amigos con los

1 Trabajo presentado en Panel «Sobre la transferencia...aún» IV Jornadas: *Lacan en Ipa*, Montevideo, Junio de 2011.

2 Médico psiquiatra, psicoanalista. Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APdeBA), Argentina. Laprida 1727-PB (1425) Buenos Aires, Argentina. uqbar@apdeba.org / miguel_leivi@hotmail.com

que compartimos este panel, con la apuesta a que en lo que pueda haber de repetitivo, de automaton (Id., p. 62), en el puro bla-bla-bla, algún encuentro inesperado se produzca en el encuentro con todos ustedes.

Así que, autorizándome de este modo a una especie de libre asociación transferencial, alfa y omega, principio y final de toda experiencia analítica, se me ocurrió partir de una vieja película y de un breve relato clínico para tratar de hilvanar algunas reflexiones no del todo conexas sobre la transferencia.

En primer lugar, la película. Se trata de «*La fiesta de Babette*»³, hermosa película danesa de 1987. No voy a contarla toda, sino solo lo esencial para lo que me interesa. La acción, que no es mucha, transcurre en el siglo XIX, en una pequeñísima aldea del noroeste de Dinamarca, en una meseta ventosa y desolada junto al mar, donde vivía una pequeña comunidad muy austera cuyo líder y guía espiritual era un pastor protestante muy severo, que conducía a su grey con rigor y absoluta sujeción a los preceptos religiosos luteranos. El pastor tenía dos bellísimas hijas por las que suspiraban los rústicos jóvenes de la región, sin ninguna esperanza, no solo porque ellas parecían inmunes a toda pasión, propia o ajena, sino también porque el pastor, verdadero padre de la horda primitiva con buenos modales, se encargaba de cerrarles el paso a todos ellos sin perder la sonrisa: «*en mi labor, en mi misión, mis hijas son como mis dos manos, derecha e izquierda. ¿Sería capaz de robármelas?*». Así fueron las cosas hasta que llegaron a la aldea sucesivamente, casi azarosamente, dos extraños muy refinados, un joven teniente de húsares sueco primero y un destacado tenor francés después, y cada uno de ellos, a su turno, cayó flechado por una de las hermanas. Por los ojos y la sonrisa de Martina el primero; por la voz angelical de Philippa el segundo, que se enamoró de ella con solo oírla cantar en la iglesia, antes aún de haberle visto la cara. Ellas, a su vez, aunque esencialmente recatadas y silenciosas, extremadamente silenciosas, no parecían esta vez en absoluto indiferentes a ese efecto, aunque las señales de ello fueran sutilísimas. El padre, por su parte, ahora ya no sonreía.

3 *Babettes gæstebud* (1987). Director: Gabriel Axel. Sobre un relato de Isak Dinesen (Karen Blixen).

Ninguna de las dos situaciones prosperó en el sentido de la demanda amorosa. El teniente «*tuvo una maravillosa visión, la de una vida más pura y elevada, sin cartas de acreedores ni sermones paternos, y con un dulce ángel a su lado*». Cortejó —es una manera de decir— durante un tiempo, sin decir palabra, a la joven, asistiendo junto a ella a los interminables oficios religiosos de la pequeña comunidad, que no debían interesarle gran cosa, y «*cada día que pasaba se sentía más insignificante*». Hasta que un día se despidió, y estas fueron sus únicas palabras: «*Me voy para siempre y nunca, nunca más, la veré. Aquí he aprendido que la vida es despiadada, y que en este mundo algunas cosas son imposibles*». Y se fue, en medio del grávido y contenido silencio de ella, para dedicarse, una vez repuesto de la decepción amorosa, a la vida mundana y a desarrollar una brillante carrera militar.

El tenor, por su parte, salió a través de su exaltación amorosa de un profundo estado melancólico en el que había caído y consiguió comenzar a impartir clases de canto a la otra hermana, la de la hermosa voz, con el consentimiento suspicaz del padre, que solo quería que ella cantara mejor a la gloria del Señor. El tenor, por su parte, lo que quería era hacerla triunfar en la Ópera de París y, ciertamente, algunas cosas más. Las clases prosiguieron y culminaron con la interpretación apasionada, por parte de ambos, de esa cumbre de la seducción amorosa que es el dueto *Là ci darem' la mano*, del *Don Giovanni* de Mozart⁴, mientras el padre y la hermana escuchaban azorados, tomados de la mano, en la habitación contigua. La sonrisa solo retornó a la cara del padre cuando la hija le comunicó, después de esto, que no iba a continuar con sus lecciones de canto; el tenor, a su vez, también partió entonces, para no regresar y para retomar su exitosa carrera.

Pasaron muchos años, el padre murió y las dos hermanas siguieron juntas, célibes, virtuosas y seguramente vírgenes, entregadas a las obras de bien, al culto del Padre celestial y de la memoria de su padre terrenal.

4 La versión en francés cantada en la película, orientada a la celebración del amor, culmina con ambos cantando al unísono «*l'amour nous unira...*». En la versión original, en italiano, donde se destaca en mayor medida la perentoriedad del deseo, en ese mismo punto ambos cantan, también al unísono, «*andiamo...*». Aunque no se especifique, el oyente entiende perfectamente adónde.

El tenor nunca regresó, salvo a través de una carta en la que presentaba a la Babette del título de la película, que llegó, fugitiva de la represión posterior a la caída de la Comuna de París, a refugiarse en la casa de las hermanas. En esa carta el tenor testimonia, ya en el ocaso de su vida y habiendo dejado atrás los éxitos de su carrera de cantante, el valor permanente que aquel lejano amor suyo tuvo para él⁵. El teniente, por su parte, sí regresó, ya devenido general, y participó casi por casualidad en la cena organizada por Babette. Al irse, esta vez sí seguramente para siempre, le dice a su antigua amada, ya anciana: *«He estado con usted cada día de mi vida. Dígame que lo sabe»*. *«Sí, lo sé»*, responde ella, y él continúa: *«También debe saber que estaré con usted cada día que me sea concedido de ahora en más, hasta el fin de mi vida. No con mi cuerpo, el cual no tiene importancia, sino con mi alma. Porque esta noche he aprendido, mi querida, que en este hermoso mundo nuestro, todo es posible»*. El amor —aun otoñal, aun sublimado— vuelve a abrir las puertas a la perfección (Lacan, J., 1954, p. 215). Ya no hay nada imposible, como lo había cuando se fue, seguramente despechado, la primera vez.

Frustrada la demanda de amor, los efectos subjetivos no se hicieron sin embargo desear en ambos amantes, cuyas vidas ya no volvieron a ser las mismas. ¿Qué papel jugaron en ellas estas dos mujeres enigmáticas, silenciosas y aparentemente apáticas? Objetos de amor ambas, parecen representar a la perfección la suma de todas las virtudes atribuidas al amor: la unión de lo bello y lo bueno en su aspiración trascendente al Soberano Bien platónico (Lacan, J., 1961, p. 162), y también el ideal del completamiento, del redondeo, de la relación sujeto-objeto (Id. p. 170), el conjunto de todos los bienes deseables; la unión, la síntesis, del amor celestial y del amor terrenal, la perfección de la obra de amor. Sin embargo, ninguna de ellas responde a la demanda que le es dirigida. ¿Porque no

5 *«Por 35 años, señorita Philippa, he deplorado el destino que impidió que vuestra voz llenase la gran sala de la Ópera de París. Cuando la imagino honrada, respetada y rodeada de un cálido enjambre de niños, y cuando pienso en mí, un solitario y encanecido anciano, olvidado por quienes alguna vez lo aplaudieron y adoraron, siento que usted es quien eligió el mejor camino en la vida [...] Y aún, mi hermosa soprano de las nieves, mientras escribo esto, siento que la tumba no es el final. En el paraíso volveré a oír su voz. Allí será por siempre la gran artista que Dios quiso que fuera. ¡Ah..., cómo cantará a los ángeles!»*.

desean? No lo creo; todos los sutiles indicios que abundan en la película evidencian lo contrario. Deseantes, por lo tanto, incluso deseantes en alto grado, y seguramente deseantes de esos dos hombres en particular. ¿Por qué entonces la negativa? Quizá no sea del todo desatinado suponer su aparente apatía como el efecto del estar *«poseídas por un deseo más fuerte que aquellos deseos de los que podría tratarse, a saber, de ir al grano [...], de tomarlo en sus brazos o tirarlo por la ventana»* (Id. 1961, p. 214). Seguramente se podrá reconocer en lo que acabo de citar alguna frase de Lacan referida al deseo del analista, resorte esencial de toda la cuestión de la transferencia (Lacan, J., 1962). No voy a cometer la enormidad de suponerles a ellas un deseo de analista, aunque más no sea porque seguramente se horrorizarían ante la sola suposición, como ante algo diabólico. Sin embargo, el efecto de su negativa a sostener la ilusión, a entrar en el juego del amor, no deja de aproximársele. Esa negativa, como la de Sócrates ante Alcibiades en el *Banquete* platónico, designa, sin que ellas lo sepan, ese amor del cual son objeto como un amor de transferencia (Lacan, J., 1961, p. 207). Lo cual, como sabemos desde Freud, no lo hace menos genuino (Freud, S., 1915, p. 171), pero deja a ambos amantes solos ante el enigmático objeto causa de su deseo, objeto articulado en su fantasma (Lacan, J., 1961, p. 173) del cual ellas son solo depositarias y que las reviste del brillo agalmático de su belleza: la mirada de una, la voz de la otra, *«aquello que solo encontramos en un ser cuando lo amamos verdaderamente»* (Id. p. 174). Es la negativa de las dos mujeres a responder a la demanda amorosa que les es dirigida la que produce en sus amantes esos efectos que me atrevería a calificar de analíticos, efectos de los cuales ambos dan testimonio mucho tiempo después.

Ahora el relato clínico. Se trataba de una mujer de mediana edad, muy poco agraciada, que consultaba por un cuadro depresivo y ansioso. Trabajaba —de manera seguramente muy abnegada y eficiente— como secretaria del gerente de una empresa, con el cual tenía una relación ambivalente de amor-odio y al que respondía con absoluta lealtad. Hija única, vivía en un muy pequeño departamento con su madre, ya anciana y probablemente con algunos rasgos de senilidad, en una situación de excesiva cercanía: ocupaban la misma habitación y quizá —no lo recuerdo bien, si lo pienso me parece difícil, pero esa es la imagen que me quedó— hasta compartieran la misma

cama; tal era el grado de forzosa intimidad que había entre ellas. También la relación con su madre estaba signada por la ambivalencia, y oscilaba entre la pena, el fastidio, la rabia y la dedicación filial; entre el amor y el espanto.

El único respiro que tenía su vida era una relación homosexual con una pareja de larga data, por la que se sentía acompañada. Pero ocurrió que un día, poco antes de consultar, descubrió que esta mujer la había traicionado, y eso significó para ella un golpe terrible, que la sumió en el estado que la trajo a la consulta. Lo peor era el sentimiento de irremediabilidad, de desesperanza, que esto le provocaba; sentía que la situación no tenía arreglo posible, que *«una bandera, una vez que se ha ensuciado, no puede nunca volver a quedar limpia»*.

Con este panorama —que no dejaba de tener sus aspectos preocupantes— comenzamos a trabajar, y lo hicimos durante un tiempo no muy prolongado. Las sesiones estaban ocupadas casi exclusivamente por estas cuestiones: la traición, el infierno cotidiano de la relación con su madre, el purgatorio de los conflictos con su jefe, todo en un clima de marcado pesimismo, de depresión y de angustia. Yo no encontraba mucho más espacio que el de tratar de modular su estado de ánimo, de buscar alguna salida posible para la realidad opresiva que transmitía. Algo de eso se fue produciendo al cabo de cierto tiempo, sin que en lo esencial su situación hubiera cambiado demasiado: su vida seguía, a grandes rasgos, siendo igual, pero estaba más tranquila y por momentos hasta podía apelar a un abordaje un tanto humorístico para referirse a sus padeceres.

Estando así las cosas, en una sesión planteó que estaba pensando en terminar el tratamiento porque ya se sentía mejor respecto de lo que la había traído. A mí me parecía, como ya dije, que, aún sintiéndose algo mejor, ni su situación ni su posición subjetiva había cambiado gran cosa y que, como señala Miller, tal vez *«ahora es cuando el análisis puede empezar, y no ha concluido. Justo en el punto en que se podría considerar terminado es cuando verdaderamente empieza, más allá de su supuesto bienestar y más allá del momento en que empieza a sentirse bien bajo su piel»* (Miller, J. A., 1983, p. 16). Pero no la veía a ella ni cerca de plantearse algo así, por lo que acepté su deseo de concluir el tratamiento, y dedicamos a esto algunas sesiones.

En la última, mientras repasábamos algunos avatares de nuestro trabajo y considerábamos las perspectivas de futuro que se le presentaban,

me dijo en un momento que nunca se iría a olvidar de eso tan importante que yo le había dicho una vez. En la breve pausa que hizo a continuación pasaron rápidamente por mi cabeza algunos momentos del tratamiento, lo que le había dicho entonces, y traté de imaginar a cuál de ellos se estaría refiriendo, cuál sería el subrayado como importante. Finalmente me dijo qué era eso que yo le había dicho, que ella jamás olvidaría: *«qué complicadas son las relaciones humanas»*. Me quedé totalmente desconcertado. Era, indudablemente, lo que Lacan caracteriza como *«una verdadera respuesta, es decir, aquello que precisamente no esperábamos»* (Lacan, J., 1955, p. 356). No recordaba haberle dicho tal cosa, aunque era perfectamente posible que lo hubiera hecho, ¿por qué no? Uno dice tantas cosas... Pero de todo lo que le había dicho, ¿eso era lo que quedaba? Una trivialidad de Perogrullo, un vacío lugar común, una especie de *«así es la vida»* o *«qué se le va a hacer»*, lo hubiera yo dicho o no, ¿eso era lo importante que rescataba? Pensé, con preocupación, *«ahora esta mujer va a andar por el mundo diciendo que yo le dije semejante tontería, y que eso era lo más importante que se llevaba del trabajo conmigo...»*. Al rato me tranquilicé: seguramente tendría otras cosas de las cuales hablar; además, aun si hablaba, al mundo no le interesaría mucho todo esto.

Pero a mí sí. Porque, al fin y al cabo, ¿qué otra cosa sino la transferencia podría producir un trastocamiento tal de todos los valores que convencionalmente distribuyen la apreciación de lo denso y lo vacío, lo importante y lo trivial, como para revestir de dignidad e importancia un banal comentario de ascensor? Como dice Lacan, *«... si la palabra tiene efecto, como lo ha tenido hasta entonces, antes de que esto fuera advertido, es porque ahí está la transferencia»* (Lacan, J., 1961, p. 201). Estaba, pero yo no lo sabía. En un proceso terapéutico que apenas si me atrevería a calificar de psicoanalítico, en el que no parecía haber habido ni la menor señal de un vínculo transferencial analítico —y ni hablar de amor de transferencia—, es quizá este único y pequeño comentario final, por su propia insignificancia, el que daba testimonio de su operatividad. E incluso de su eficacia, porque mi paciente estaba mejor con los solos recursos de la palabra. En cuanto a mi lugar, es evidente que también estaba totalmente determinado por la transferencia: se me atribuía algo que yo no recordaba haber dicho y que, además, tampoco diría, como si solo hubiera sido

una especie de portavoz que habla por procuración, sin saber lo que dice; sorprendido, me encontraba convertido en sujeto de un saber que no era mío sino del Otro⁶, en un sentido absolutamente concreto: un lugar común, que es de todos y no es de nadie, que mi paciente también sabía pero que no sabía que sabía, y que necesitaba ser atribuido a un sujeto para que, solo en esas condiciones, pudiera ser escuchado como una respuesta significativa al interrogante que la trajo, a su demanda de saber, más allá de su demanda de alivio⁷, y que tampoco sabía que estaba planteando con su padecimiento.

A partir de todo esto pude, por mi parte, rescatar y revalorizar del mismo modo un viejo saber, un saber también del gran Otro, que yo sabía pero no sabía que era tan importante, sobre todo para un analista: «*no somos nada...*». Menos mal que siempre nos queda la transferencia para seguir hablando. ♦

6 «*Cada vez que esta función [la del sujeto al que se supone saber] puede ser encarnada, para cada sujeto, en alguien, quienquiera que sea, analista o no, [...] resulta que la transferencia desde ese momento ya está fundada*» (Lacan, J., 1964, p. 241).

7 «*¿Somos nosotros [analistas] sencillamente, y esto ya es mucho, ese algo que debe responder a una demanda, a la demanda de no sufrir, al menos, sin comprender? Con la esperanza de que el comprender liberará al sujeto no solo de su ignorancia, sino de su sufrimiento mismo.*» (Lacan, J., 1959, p. 17).

RESUMEN

A partir del argumento de una vieja película y de un breve relato clínico, el trabajo —una breve contribución a un panel de las 4^{as}. Jornadas «Lacan en IPA» de Montevideo, junio de 2011— se propone hacer algunas reflexiones sobre distintos aspectos de la transferencia, de su operatoria y de su eficacia. Aunque ninguna de las dos situaciones presentadas puede considerarse estrictamente analítica, pueden sin embargo ser abordadas y comprendidas conceptualmente con las ideas de Lacan sobre la transferencia.

Descriptor: TRANSFERENCIA / DESEO DEL ANALISTA / MATERIAL CLÍNICO

Autor-Tema: Lacan, Jacques

Obras-Tema: La fiesta de Babette. Axel, Gabriel.

SUMMARY

From the account of the plot of an old film and from a short clinical report, this paper —a brief contribution to a panel of the 4th. Encounter «Lacan in IPA», Montevideo, June 2011— tries to develop some reflections on different aspects of transference, its operativeness and its efficacy. Although none of the situations reported can be considered strictly analytic, they can however be approached to and conceptually understood with Lacan's ideas on transference.

Keywords: TRANSFERENCE / PSYCHOANALYST'S WISH / CLINICAL MATERIAL

Authors-Subject: Lacan, Jacques

Characters-Subject: Babette's feast. Axel, Gabriel.

BIBLIOGRAFÍA

- FREUD, S. Puntualizaciones sobre el amor de transferencia (1915). En: *O. C. Tomo XII*. Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- LACAN, J. *El Seminario, Libro I (1954). Los escritos técnicos de Freud*. Barcelona, Paidós, 1981.
- *El Seminario, Libro II (1955). El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Barcelona, Paidós, 1983.
- *El Seminario, Libro VII (1959). La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1986.
- *El Seminario, Libro VIII (1961). La transferencia*. Buenos Aires, Paidós, 2003.
- *El Seminario IX. La identificación (1962)*. Clase del 9/V/1962. Inédito.
- *El Seminario, Libro XI (1964). Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 1999.
- *El Seminario XXII (1975): R. S. I. Clase N° 5*, del 11/2/1975 – Inédito
- MILLER, J.-A. *Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma*. Buenos Aires, Fundación del Campo Freudiano en Argentina, 1983.